Las cartas invertidas del Rider-Waite

Cómo interpretar las 78 cartas al revés según el contexto, sin convertir cada invertida en algo negativo

Eleanor Ashcombe

Créditos

Las cartas invertidas del Rider-Waite *Cómo interpretar las 78 cartas al revés según el contexto, sin convertir cada invertida en algo negativo*

El camino del Rider-Waite · tomo 3

Autora: Eleanor Ashcombe

Primera edición, 2026.

◆ Derechos

Todos los derechos reservados. El texto, la estructura del libro, los ejemplos, los casos, las tablas, los ejercicios y la composición de los montajes son obra de la autora. No se permite reproducirlos, almacenarlos ni transmitirlos, en todo o en parte, por ningún medio, sin permiso previo y por escrito de la editorial. Se exceptúan las citas breves en reseñas o trabajos de estudio, siempre que se mencione el título y la autora.

Los casos que aparecen en estas páginas son ejemplos ficticios, inventados para practicar. Cualquier parecido con personas, grupos o situaciones reales es coincidencia.

◆ Origen de las imágenes

Las cartas que ilustran este libro pertenecen a la baraja Rider-Waite, dibujada por Pamela Colman Smith y publicada en Londres en 1909. La edición original es de dominio público.

Las cartas invertidas que ves aquí son esas mismas imágenes giradas 180°. No están espejadas ni retocadas: nada se ha añadido, quitado ni cambiado de sitio. Solo se ha girado la carta, como ocurre sobre la mesa cuando sale del revés.

◆ Antes de empezar

Este libro es una herramienta de reflexión y entretenimiento. Las cartas, derechas o invertidas, no predicen el futuro ni revelan hechos ocultos. Lo que ofrecen es un conjunto de imágenes que invitan a hacerse preguntas, y las lecturas que propone el libro son hipótesis para pensar, no sentencias.

Nada de lo que aquí se dice sustituye el consejo de un médico, un psicólogo, un abogado o un asesor financiero. Una carta girada no es un síntoma, un diagnóstico ni una recomendación legal o económica. Si estás atravesando un momento difícil, o tienes que tomar una decisión que afecta a tu salud, a tu situación legal o a tu dinero, consulta con un profesional cualificado. Las cartas pueden acompañar tu reflexión, pero no la reemplazan.

Las decisiones que tomes después de leer este libro son tuyas y de nadie más. Tampoco conviene usar el tarot para dictar lo que otras personas deben hacer ni para atribuirles intenciones: una carta no sabe lo que piensa nadie.

Por último, una indicación práctica para el resto del libro. Cuando una frase diga «a la izquierda» o «a la derecha», se refiere siempre a lo que ve quien mira la carta. La introducción explica cómo se aplica esa regla a las cartas giradas y por qué conviene tenerla clara desde el principio.

Índice

Antes de empezar

Introducción 5

Parte I · La decisión 11
antes de las cartas

1 · Elegir una convención 12
2 · Del giro al contexto 22
3 · Cuatro hipótesis y una manera de mirar 32

Parte II · Los 22 45
mayores invertidos

4 · Del Loco al Hierofante 46
5 · De los Enamorados al Ermitaño 63
6 · De la Justicia a la Templanza 80
7 · De la Torre al Mundo 99

Parte III · Los 40 119
numerales
invertidos

8 · Bastos 120
9 · Copas 140
10 · Espadas 161
11 · Oros 182

Parte IV · Las figuras 204
invertidas

12 · Sotas y Caballeros 205
13 · Reinas y Reyes 220

Parte V · Leer con 237
invertidas

14 · Cuando salen demasiadas 238
15 · Dos hipótesis rivales 247
16 · Cuándo no elegir y cómo cerrar 258

Para consultar

Tabla de decisión 267

Glosario 284
Índice de cartas 288
Para seguir leyendo 289

Introducción

Este libro trata de una decisión concreta: qué hacer cuando una carta del Rider-Waite aparece al revés. No encontrarás un diccionario de significados oscuros. Aprenderás a decidir antes de barajar, a mirar la imagen girada y a justificar cada lectura con un dato del caso. Esta introducción explica a quién sirve el tomo, cómo se muestran las cartas y cómo se nombran la izquierda y la derecha.

Al terminar esta introducción podrás

- Decidir si este tomo es para ti y qué conviene traer sabido.
- Distinguir una carta girada 180° de una carta espejada.
- Seguir las descripciones de izquierda y derecha sin perderte cuando la imagen está girada.
- Entender cómo se organiza el libro y cómo trabajar cada capítulo.

A quién sirve este tomo

Este libro es para quien ya reconoce las cartas del Rider-Waite y se queda parado cuando una sale al revés. Quizá te enseñaron que una invertida es siempre una mala noticia, y algo en ello te chirría. O quizá has decidido no usarlas nunca y no sabes si esa decisión tiene fundamento. Las dos posturas son comunes, y ninguna se resuelve con un listado de significados.

Tampoco hace falta haber leído los tomos anteriores de la serie. Este es el tercero de *El camino del Rider-Waite*, pero se entiende por sí solo. Lo que sí necesitas es reconocer las cartas: saber que el Loco es el Loco, que el Ocho de Copas no es el Ocho de Oros y que el Colgado cuelga. Si dudas con la mitad de la baraja, el libro te resultará pesado, porque trabaja sobre lo que ya sabes de las cartas derechas y se limita a preguntarte qué cambia al girarlas.

Por eso, de cada carta derecha encontrarás aquí una sola frase de recordatorio, un ancla. Sirve para que tengas algo firme desde lo que comparar. No sustituye al estudio de la carta, que se hace en otros libros.

Qué hace este libro y qué no hace

Lo que hace es sencillo de decir. Parte de que una invertida es la misma imagen con otra orientación, y de que esa orientación abre preguntas. El libro te enseña a formularlas, a ordenar las respuestas posibles y a reconocer el dato que inclina la

balanza hacia una de ellas. También te enseña a decir «aquí no hay datos para elegir», que es una conclusión legítima y a menudo la más honesta.

Lo que no hace conviene saberlo desde el principio:

- No enseña las cartas derechas con detalle.
- No colecciona tiradas. Los montajes de este tomo son de tres cartas, porque con tres cartas se ve el efecto del giro sin que el resto de la tirada lo tape.
- No mide «energías bloqueadas» ni diagnostica nada. Una carta girada no es un síntoma de quien consulta.
- No trata las invertidas de otras barajas. Todo el libro trabaja con el Rider-Waite-Smith.

Tampoco encontrarás aquí la idea de que invertir una carta la vuelve mala. Verás pronto que muchas invertidas describen algo corriente: una tarea que se retrasa, una cualidad que sobra o falta, algo que ocurre por dentro y todavía no se ve fuera. Nada de eso es una desgracia.

◆ Cómo se muestran aquí las invertidas

En este libro, una carta invertida es la imagen original girada 180°. Es lo que haces con la carta física: la coges por el borde de abajo y la das la vuelta como si fuera la página de un cuaderno de hojas sueltas. Lo de arriba pasa abajo, y lo de la izquierda pasa a la derecha.

Esto no es un espejo. En una imagen espejada, la cabeza seguiría arriba y los pies abajo; solo cambiaría el lado al que mira o camina cada figura. Una carta girada 180° deja la cabeza abajo, el cielo abajo y el suelo arriba. Y el texto se ve del revés: el numeral y el nombre impreso quedan invertidos, y el rótulo pasa al borde superior.

Ejemplo con el Loco, la primera carta que aparece en el libro. Míralo en las dos láminas de este apartado.

Si quieres comprobar el giro con tus manos, apoya el dedo en un detalle de la lámina de arriba, gira la hoja o la pantalla 180° sin levantar el dedo y mira dónde ha quedado ese detalle respecto de ti.

El Loco: derecha y girado 180°



Derecha



Girada 180°

La misma imagen vuelta una vuelta completa: el sol pasa de arriba a la derecha a abajo a la izquierda; no es un reflejo.

En la carta derecha, el joven está en lo alto de un peñasco, en la mitad izquierda de la imagen, y avanza hacia tu izquierda; el borde del precipicio queda delante de él. El sol de rayos queda arriba a la derecha, el perro blanco salta abajo a la derecha y la rosa blanca queda en la mano que cae en el lado derecho de la imagen. El numeral «0» y el rótulo «THE FOOL» se leen con normalidad.

Girada, el joven queda con la cabeza abajo, y el peñasco por encima de él, ocupando la parte alta de la imagen. El sol, que estaba arriba a la derecha, pasa abajo a la izquierda. El perro pasa arriba a la izquierda. La rosa queda a la izquierda. El «0» baja al borde inferior y el rótulo sube al borde superior, del revés. Y el paso, que iba hacia tu izquierda, apunta ahora hacia tu derecha. Para decirlo sin ambigüedad: la figura no ha salido de una imagen reflejada, ha dado una vuelta completa en el plano.

Esta precisión no es un capricho. Si una persona describe «el Loco invertido» pensando en un espejo, imagina a un joven de pie que mira al otro lado, y esa carta no existe. La carta que tienes en la mano, la que baraja y gira cualquiera, es la otra.

◆ Izquierda y derecha: una regla para todo el libro

Hay un riesgo que merece su propia sección: perderse con los lados. En una descripción de cartas, «la izquierda» puede significar la izquierda del lector, la del personaje o la que hay en la imagen cuando está girada. Para que no haya dudas, el libro usa una sola regla.

Izquierda y derecha son siempre las tuyas, las de quien mira la carta, y no las del personaje que aparece en ella. Si digo que la figura de una carta señala hacia la izquierda, quiero decir hacia tu izquierda mientras la miras, aunque el personaje la nombraría al revés.

Cuando la carta está derecha, esto no plantea ningún problema. Cuando está girada, la referencia se complica, y por eso el libro parte siempre de la carta derecha. Primero dice dónde está un elemento en la carta derecha, según la miras. Luego dice dónde queda al girarla. Lo que estaba a tu izquierda queda a tu derecha, y lo que estaba arriba queda abajo. Lo repetirá cada vez que haga falta, con fórmulas del tipo «a tu izquierda en la carta derecha; a tu derecha al girarla». Si una frase del libro no aclara a qué orientación se refiere, trátala como una descripción de la carta derecha.

Mientras lees, conviene que tengas la carta delante, en papel o en pantalla. Un detalle que parece menor, como un bastón que cruza la imagen o una columna de un solo lado, decide a menudo qué lectura es razonable. Si no ves ese detalle donde el texto lo sitúa, para y compruébalo antes de seguir.

Pruébalo

Coge una carta que conozcas bien, la que quieras, y colócala derecha sobre la mesa. Anota en un papel tres elementos y el lado donde están, según la miras: por ejemplo, «el perro, abajo a la derecha». Ahora gira la carta 180° y, sin mirar tus notas, vuelve a decir dónde está cada elemento. Compara. Si has acertado los tres, la regla ya funciona. Si te has equivocado en alguno, sabes dónde se te confunde la cabeza y puedes vigilarlo durante el libro.

Error frecuente

Describir una carta girada pensando en un espejo. El error se nota cuando alguien dice que «la figura mira al otro lado» pero sigue imaginándola de pie. En una carta girada 180° las figuras quedan cabeza abajo. Si la descripción que haces de una carta invertida no tiene nada cabeza abajo, probablemente has imaginado un espejo.

◆ El hilo del libro: el giro abre preguntas

Todo el tomo se apoya en una frase: el giro abre preguntas, no da respuestas. Una carta invertida no trae un significado propio que haya que memorizar. Trae un cambio de orientación, y ese cambio invita a preguntarse algo sobre la carta derecha.

Cada ficha del libro sigue el mismo recorrido. Primero, qué cambia al girar la carta: qué queda arriba, qué se vacía, hacia dónde apunta ahora. Luego, el ancla de la carta derecha. Después vienen tres lecturas posibles, cada una con el contexto que la

pide, y el dato del caso que descarta cada una. Al final, un contraste con otra carta y cinco palabras clave. Fíjate en que ninguna ficha te dice «esta carta significa esto». Te dice qué podría significar según lo que sepas del caso, y qué tendrías que saber para elegir.

Esto tiene una consecuencia incómoda y, a la vez, liberadora: a veces no habrá forma de elegir. Si la pregunta es vaga y la posición de la tirada no aclara nada, dos lecturas seguirán empatadas. Lo correcto entonces es decirlo. Un lector que sabe parar a tiempo lee mejor que uno que siempre encuentra respuesta.

◆ Cómo está organizado

El libro tiene cinco partes y dieciséis capítulos, más los apéndices.

La primera parte, de tres capítulos, trata de la decisión previa a las cartas: si usas invertidas, cómo las obtienes, y qué hipótesis generales manejas cuando una carta sale girada. Es breve y es la que sostiene al resto.

La segunda parte recorre los veintidós arcanos mayores, en cuatro capítulos. La tercera, los cuarenta numerales de Bastos, Copas, Espadas y Oros, un palo por capítulo. La cuarta, las dieciséis figuras, repartidas en dos capítulos: sotas y caballeros, reinas y reyes. En estas tres partes cada carta tiene su ficha, una por página, mostrando la carta girada. Son setenta y ocho en total, y algunas se acompañan de una lámina a página completa para mirar con calma la carta derecha y la invertida lado a lado. Cada capítulo añade un montaje de tres cartas, una tabla, una caja, dos ejercicios y un caso.

La quinta parte, en tres capítulos, enseña a leer con invertidas cuando la lectura se complica: cuando salen muchas, cuando dos explicaciones compiten y cuando no hay datos para decidir.

Cierran el libro cuatro apéndices: una tabla de decisión con las setenta y ocho cartas, un glosario, un índice de cartas y una bibliografía breve.

◆ Cómo trabajar cada capítulo

Un libro de práctica se aprende haciendo, y este no es una excepción. Te propongo un método para cada capítulo.

Primero, lee el texto con las cartas delante. No hace falta que las tengas físicas; basta con que las veas en la página. Cada vez que el libro describa un detalle, localízalo.

Segundo, haz los ejercicios por escrito. Pensarlos no basta, porque la mente salta con facilidad de una lectura a otra sin darse cuenta de que ha cambiado de criterio.

Escrito, el cambio se ve. Los ejercicios no tienen una única respuesta correcta; cada uno trae su criterio, que consiste en comprobar que tu lectura se apoya en un dato del caso, y no en una impresión. A menudo ese criterio admite una respuesta del tipo «con estos datos no puedo elegir».

Tercero, cuando termines un capítulo, haz una pequeña prueba contigo mismo: coge tres cartas al azar del palo o del grupo que acabas de estudiar, gíralas una por una y escribe dos lecturas distintas para cada una. Después busca, en el caso que te hayas inventado, el dato que descartaría cada lectura. Si no encuentras ninguno, la lectura es todavía demasiado vaga y conviene afinarla.

Cuarto, y esto vale para todo el libro: antes de barajar, decide. Si vas a usar invertidas, decídelo antes de ver una sola carta. Si no, también. Cambiar de convención después de ver qué ha salido es la manera más rápida de leer lo que uno quiere leer. El primer capítulo se dedica entero a eso.

Los casos del libro son ficticios, inventados para practicar. Cualquier parecido con una situación real es casualidad, y ninguno pretende describir cómo es o cómo actúa una persona. Si alguna vez un caso te recuerda algo propio, trátalo como un ejercicio y no como un espejo.

◆ Sobre las imágenes y el descargo

Las cartas que ilustran el libro son las del Rider-Waite-Smith, dibujadas por Pamela Colman Smith, en una edición de dominio público. Las descripciones se han hecho mirando cada imagen, tanto en su orientación derecha como en la girada. Si alguna vez encuentras una descripción que no coincida con tu baraja, es posible que tu edición difiera en algún detalle; las que se describen aquí son las que se reproducen en estas páginas.

El tarot, en este libro, es una herramienta de reflexión y de entretenimiento. No predice el futuro ni sustituye el consejo de un profesional. Nada de lo que aquí se dice constituye asesoramiento médico, legal, psicológico ni financiero, y ninguna lectura debe usarse para tomar decisiones en esos terrenos. Las cartas sugieren y invitan a preguntarse; no sentencian. Si te encuentras en una situación difícil, consulta con quien corresponda.

Dicho esto, empieza por el principio. El primer capítulo te pide algo que quizá no esperabas: antes de aprender a leer una carta girada, decidir con calma si quieres que haya cartas giradas en tus lecturas.

Parte I

La decisión antes de las cartas

Capítulo 1

Elegir una convención

Antes de repartir la primera carta hay una decisión que casi nadie toma a propósito: si las cartas pueden salir giradas o no. Este capítulo te ayuda a tomarla con calma, a ver cómo se produce el giro con la baraja en la mano y a dejar por escrito un acuerdo contigo que no cambiarás según te convenga.

Al terminar este capítulo podrás

- explicar por qué no usar invertidas es una opción completa y respetable
- generar invertidas con un método que deje el giro al azar
- distinguir girar una carta 180° de reflejarla, con El Mago y El Loco delante
- redactar tu convención en dos líneas, con una razón, antes de barajar
- leer un montaje de tres cartas con invertidas y sin ellas, y comparar qué cambia

Hay una pregunta que se contesta sola si no la haces: ¿las cartas de esta lectura pueden salir giradas? Si no la formulas, la contestan la mano, el humor o el azar de cada día, y la respuesta cambia de una lectura a la siguiente. Hoy giras una carta porque la ves «rara»; mañana la enderezas porque no te gusta lo que sugiere. Así no hay manera de aprender nada, porque cada lectura se hace con reglas distintas.

Este capítulo sirve para contestarla tú, una vez, antes de barajar. No hay una respuesta correcta. Hay respuestas que se pueden sostener y respuestas que se deshacen a mitad de la lectura. Una convención sostenible tiene tres rasgos: se decide antes de ver las cartas, cabe en dos líneas y se aplica igual a todas las lecturas. El resto del libro da por hecho que ya has elegido, sea cual sea tu elección.

◆ No invertir es una opción legítima

Empiezo por aquí porque este libro trata de cartas giradas y, aun así, lo primero que te debo es decirte que puedes no usarlas. No lo digo por cortesía. Una convención adoptada por obligación dura poco: a las dos semanas la abandonas sin avisar o la aplicas a medias, que es peor. Si vas a leer invertidas, que sea porque has visto lo que aportan y lo que cuestan.

Lo que cuestan es tiempo y datos. Una carta girada pide una operación más: darte cuenta de que está girada, mirar qué ha cambiado en la imagen, formular dos o tres hipótesis y buscar en el caso el dato que decide entre ellas. Un montaje de tres cartas derechas se lee en pocos minutos. El mismo montaje con tres giradas pide más tiempo y, sobre todo, más información de la persona que pregunta. Hay consultas, como la de una mañana apresurada o la de una pregunta que no da más contexto que una línea, en las que esa información no existe. Ahí la carta girada no aporta una respuesta. Aporta una duda más.

Lo que aportan es una pregunta adicional: «¿esto que la carta mostraría de pie está en su sitio, se pasa, falta, ocurre por dentro, llega tarde?». Es una buena pregunta. Pero no es la única manera de hacérsela a una carta, y no hace falta girarla para plantearla.

Estos son algunos motivos para no invertir. Son ejemplos inventados, pero reconocibles.

Una lectora saca una sola carta cada mañana antes de salir de casa. Con 78 imágenes en una sola orientación tiene material de sobra para un año de mañanas, y lo que quiere es mirar la imagen con calma, no resolver una variante.

Un aficionado al dibujo estudia la baraja trazando las escenas de Pamela Colman Smith. Para él, la imagen es una composición con su arriba y su abajo, y girarla le estropea el ejercicio.

Un grupo de amigos lee por turnos con una misma baraja que va de mano en mano. Como cada uno baraja a su manera, deciden no girar, para que nadie discuta si una carta «salió» girada por culpa del barajado de otro.

Una lectora probó las invertidas y notó que cada vez que una salía giraba la cabeza en busca de «lo malo». Prefiere no usarlas antes que vigilarse constantemente.

Fíjate en lo que ninguna de estas razones afirma. Nadie dice que las invertidas «no funcionen», porque no se trata de eso. Tampoco quien las usa tiene una lectura más profunda que quien no. Las dos convenciones leen la misma baraja con distinto grado de detalle, y la profundidad de una lectura depende de lo atento que seas a la imagen, a la posición de la carta en la tirada y a las cartas vecinas, no de que alguna esté boca abajo. Quien lee bien con 78 orientaciones derechas lee mejor que quien lee mal con 156.

Si decides no invertir, tienes que hacer dos cosas para que la convención se sostenga. La primera es escribirla, con su razón, como verás más adelante. La segunda es cuidar el momento de voltear las cartas: si una queda girada al descubrirla, la

enderezas antes de mirar qué carta es, no después. La orientación que no se lee tiene que ser siempre la misma, y no la que a ti te convenga.

Una nota para ti, si te quedas en este grupo. La mayor parte de este libro supone que has decidido invertir y habla de cartas giradas. Aun así, puedes leerlo con provecho: cada ficha empieza preguntándose qué cambia en la imagen y qué hipótesis caben, y esa manera de mirar sirve igual para una carta derecha. Léelo como un libro sobre cómo una misma imagen admite varias lecturas, y deja el giro como una herramienta que conoces y has decidido no usar.

◆ Cómo salen las invertidas

Las invertidas no salen solas. Si recoges la baraja ordenada, o la compras nueva, todas las cartas miran en el mismo sentido. Barajar mezclando las cartas, esa mezcla de solapado en que se entrelazan los dos montones, cambia su orden pero no su orientación: una carta que estaba derecha sigue derecha en la nueva posición. Cortar tampoco gira nada. Para que haya cartas giradas, necesitas un método que las gire. Y como el método decide cuántas salen y con qué azar, merece que lo elijas con cuidado.

Te propongo tres métodos. Los tres sirven. Lo que importa es que elijas uno y lo mantengas.

El primero es barajar sobre la mesa. Extiendes todas las cartas boca abajo y las mueves con las dos manos en círculos amplios, como quien lava la superficie, hasta que están revueltas. Luego las recoges, las juntas y cortas. En ese movimiento muchas cartas se giran solas, y sin que tú lo decidas. Es el método más natural y el más usado. Su inconveniente es que no controlas la proporción: dependiendo de cuánto muevas y de cómo, pueden quedar giradas muchas cartas o pocas. Para una convención seria, ese descontrol es un defecto, aunque no un fallo.

El segundo es girar media baraja. Cortas el mazo por la mitad, das media vuelta de 180° a uno de los dos montones, los juntas y barajas por solapado hasta que las cartas giradas y las derechas se mezclan. Con este método sabes que, en conjunto, unas treinta y nueve cartas de las 78 están giradas, y que cada carta tiene aproximadamente una probabilidad de una entre dos de salir girada, a condición de que barajes lo suficiente. Aquí está la trampa: si barajas poco, las cartas giradas quedan en bloque, y las primeras que saques saldrán todas del mismo lado. Una señal de que has barajado poco es ver tres o cuatro cartas seguidas con la misma orientación al abrir un montaje.

Si no quieres fiarte de la intuición para saber cuándo has barajado «lo suficiente», fija un número de barajados antes de empezar y cúmplelo siempre.

El tercero es el de la moneda, que es el más lento y el más limpio. Pasas las cartas de una en una y lanzas una moneda: cara, la dejas como está; cruz, la giras. Al terminar, haces un único barajado de solapado y cortas. Tiene sentido para estudiar, porque la proporción de giradas es la que tú declaras y el azar es de verdad independiente en cada carta. Para una lectura diaria es pesado, y por eso mucha gente lo usa solo una vez, al preparar un mazo para una temporada.

Con cualquiera de ellos puedes variar la proporción. Hay quien gira solo una cuarta parte de la baraja para que las invertidas sean la excepción y no la mitad de lo que sale. Es una convención perfectamente válida, siempre que la declares. Piensa en lo que cambia: si cada carta tiene una probabilidad de una entre cuatro de salir girada, en un montaje de tres cartas lo más habitual es que no salga ninguna, algo más de cuatro veces de cada diez. Con la mitad de la baraja girada, esa misma situación solo ocurre una vez de cada ocho. Lo que importa es que no puedes saber qué sale «normal» si no sabes qué proporción has establecido.

Hay otro detalle que casi todo el mundo pasa por alto: cómo volteas la carta al descubrirla. Si la voltearas pasándola de lado, como se pasa la hoja de un libro, la carta conserva su arriba y su abajo. Si la voltearas de abajo hacia arriba, como una hoja de calendario, la carta se descubre cabeza abajo respecto a como estaba sobre la mesa. Cada manera produce un resultado distinto, y con una baraja que ya tiene cartas giradas de origen, mezclar las dos maneras es una forma segura de perder la cuenta. Elige una, la de pasar de lado es la más cómoda, y úsala siempre. Así, lo que ves al descubrir la carta es exactamente lo que el barajado dejó, sin que tu mano añada nada.

Para orientarte al descubrir una carta, mira el nombre impreso y el número romano de los mayores: están en la franja de abajo y arriba, y si se leen del revés, la carta está girada. En El Loco, el rótulo «THE FOOL» queda en lo alto, cabeza abajo, y el cero que estaba arriba pasa a la parte baja. Esas marcas te dicen la orientación al primer vistazo, antes de que la imagen te haga pensar.

Apunta, por último, el método y la proporción en tu cuaderno, junto a tu convención. No hace falta más que una línea. Dentro de un mes, cuando quieras saber por qué te salen tantas giradas o tan pocas, esa línea te dará la respuesta.

◆ Girar no es espejar

Hay una confusión común que conviene deshacer pronto: girar una carta no es reflejarla en un espejo. Son dos operaciones distintas. Un giro de 180° es media vuelta en el plano de la carta: lo que estaba arriba queda abajo y lo que estaba a tu izquierda queda a tu derecha, las dos cosas a la vez. Un reflejo, en cambio, deja el arriba arriba y el abajo abajo, y solo cambia un lado por otro. Una carta girada es la misma imagen y el mismo naipe, solo que vista desde el otro extremo.

El Mago lo muestra bien. En la carta derecha, la figura está de pie y de frente. Con el brazo que queda a tu izquierda sostiene en alto una vara blanca; con el otro brazo, a tu derecha, baja la mano y señala el suelo con el índice. Sobre su cabeza flota el signo del infinito. A tu izquierda hay una mesa roja con una copa, un pentáculo y una espada, y bajo sus pies crecen rosas rojas y lirios blancos, mientras otra guirnalda de rosas cuelga desde arriba.

Ahora gira la carta. La vara blanca ya no apunta al cielo: queda abajo, a tu derecha, apuntando hacia el suelo. La mano que antes señalaba abajo queda a tu izquierda, y su gesto apunta ahora hacia arriba. La mesa, que estaba a tu izquierda, aparece en lo alto, a tu derecha, y la copa queda con la boca hacia abajo. Las rosas y los lirios que eran suelo forman ahora una franja en la parte superior, el infinito queda debajo de la cabeza, y la figura, cabeza abajo, tiene los pies en la parte alta. Si la carta se hubiera reflejado en un espejo, la vara seguiría alzada hacia el cielo y solo habría cambiado de lado. Eso no es lo que ves. Ves una escena entera dada la vuelta.

Con El Loco el efecto es parecido. En la carta derecha, el joven está en lo alto de un peñasco, en la mitad izquierda de la imagen, y avanza hacia tu izquierda con la cara de perfil alzada, mirando arriba y hacia la izquierda. Lleva un palo al hombro con un hatillo colgado del extremo de atrás, y en la mano que queda a tu derecha sostiene una rosa blanca. Un perro blanco, detrás de él, abajo a tu derecha, salta hacia su pierna. El sol, blanco y con rayos, está arriba a tu derecha, detrás de él, y al fondo se ven montañas nevadas sobre un cielo amarillo.

Gira la carta. El joven queda cabeza abajo y el peñasco, que era suelo, queda arriba, como un techo del que cuelgan sus pies. Su mirada, que subía hacia la izquierda, ahora baja hacia la derecha: apunta al otro lado y en otra dirección, no solo en la dirección contraria. El sol queda abajo, a tu izquierda; el perro, arriba a tu izquierda, también cabeza abajo; la rosa blanca cuelga abajo, a tu izquierda. Y el rótulo «THE FOOL» queda en lo alto, del revés.

Fíjate en una consecuencia práctica. Si lees «el Loco camina hacia la izquierda» en la derecha y «hacia la derecha» en la girada, estás dejando fuera la mitad de la información, porque el cambio no es solo de lado: es de arriba a abajo. Lo que en la carta derecha era un paso adelante con la vista en alto, en la girada es una figura que tiene el suelo sobre su cabeza y la mirada hacia abajo. Ojo con la lectura rápida: que la mirada apunte abajo no significa que la figura «caiga» ni que algo vaya mal. Es una orientación nueva sobre la que preguntar, nada más, y de eso se ocupa el capítulo siguiente.

Una advertencia sobre las palabras. En este libro, «izquierda» y «derecha» se dicen siempre según miras tú la carta, como se explica en la introducción. Cuando una carta esté girada, el texto lo dirá cada vez, porque lo que estaba a tu izquierda queda a tu derecha y es fácil perder la cuenta.

Pruébalo

Saca de tu baraja El Mago y El Loco. Colócalos derechos ante ti y escribe una frase por carta: hacia dónde va la mirada, qué sostiene la mano que queda a tu izquierda. Después gira cada carta media vuelta sin voltearla, como si dieras una vuelta a un plato sobre la mesa, y escribe otra frase: qué queda ahora arriba, qué abajo y hacia dónde apunta lo que antes apuntaba a un lado. Comprueba que ninguna de tus frases de la carta girada sea la de la derecha con las palabras «izquierda» y «derecha» cambiadas. Si lo es, estabas reflejando, no girando.

◆ El acuerdo contigo antes de repartir

Una convención es un acuerdo breve que haces contigo antes de leer. Respondes a cinco preguntas, las escribes y las aplicas igual en todas las lecturas hasta que decidas revisarlas. Las cinco son estas.

La primera: ¿uso invertidas? Sí o no. Si es no, las demás se reducen a cómo volteas las cartas.

La segunda: ¿cómo salen? Método de giro y proporción, por ejemplo «media baraja, 50 %» o «un cuarto, con moneda».

La tercera: ¿qué significa un giro en mi práctica? Aquí hay mucho margen. Muchos manuales dan a cada invertida un significado fijo, a menudo el contrario de la derecha. Este libro propone otra cosa: una invertida es una pregunta con varias hipótesis y un dato que decide. Si adoptas esa manera, escríbelo. Si prefieres otra, escribe la tuya.

La cuarta: ¿qué hago cuando el contexto no alcanza para elegir entre dos lecturas? Es la pregunta que casi nadie se hace y la que más protege una lectura honesta. La

respuesta posible, que defiende este libro entero, es «escribo las dos lecturas y digo que no hay datos para elegir».

La quinta: ¿cuándo puedo revisar la convención? Entre lecturas, nunca durante una. Por ejemplo, tras un mes o diez lecturas, lo que llegue antes.

Con las respuestas a la primera, la segunda y la tercera ya tienes lo que necesitas para elegir entre las convenciones más habituales, que reúno en esta tabla.

Convención	Qué exige	Riesgo
Solo derechas	Una frase escrita, un volteo siempre igual y enderezar la carta antes de mirarla si queda girada	Enderezar solo las cartas que no gustan y presentarlo como «no uso invertidas»
Invertidas al azar, leídas como hipótesis	Método de giro declarado, tiempo para formular dos o tres lecturas por carta y aceptar el «no hay datos»	Leer todo giro como «lo malo» y cerrar la lectura con una sola hipótesis
Invertidas al azar, con significado fijo por carta	Memorizar o consultar un significado para cada una de las 78	Que la lectura se parezca a consultar un diccionario y se aleje del caso concreto
Giro elegido a mano, para estudiar	Decidir qué cartas girar y declararlo, solo en práctica y nunca en lecturas de azar	Dar a la carta girada a propósito el peso de una carta que salió sola

Son cuatro convenciones y no son las únicas. Hay quien gira solo en ciertas posiciones de la tirada, o solo las cartas mayores. Si eliges una variante, aplícale las mismas cinco preguntas y, con ellas respondidas, tendrás una convención completa.

Para que tu convención sea de verdad una convención, tiene que caber en dos líneas y llevar una razón. Estas son dos redacciones que funcionan:

«Uso invertidas, giradas con el método de media baraja. Cada una es una pregunta con dos lecturas posibles, y si no hay dato para elegir, las anoto las dos. Razón: me gusta que la carta me obligue a pedir un dato.»

«No uso invertidas. Si una carta queda girada al voltearla, la enderezo antes de mirarla. Razón: leo en diez minutos y quiero una sola imagen por carta.»

Y esta es una que no funciona: «Uso invertidas cuando la carta lo pida». No dice cuándo, ni cómo salen, ni qué hace quien la escribe. Depende de ver la carta, y de ahí viene el error que te explico en la caja siguiente.

Error frecuente

Decidir si se usan invertidas después de ver la carta. Sale una carta girada, la miras, y si su lectura te resulta cómoda la dejas girada, y si te incomoda la enderezas con una excusa («esta se ha girado sola al voltearla»). Parece inofensivo, pero convierte la convención en un filtro: solo cuentan las giradas que ya te gustaban. Después de unas cuantas lecturas habrás creado, sin proponértelo, una baraja en la que las invertidas siempre coinciden con lo que esperabas. La decisión de girar o no girar se toma antes de barajar, y se aplica a las cartas que salgan, te gusten o no.

◆ Ejercicios

Los dos ejercicios de este capítulo no tienen una respuesta única. Tienen un criterio, y una respuesta posible es «no hay datos suficientes».

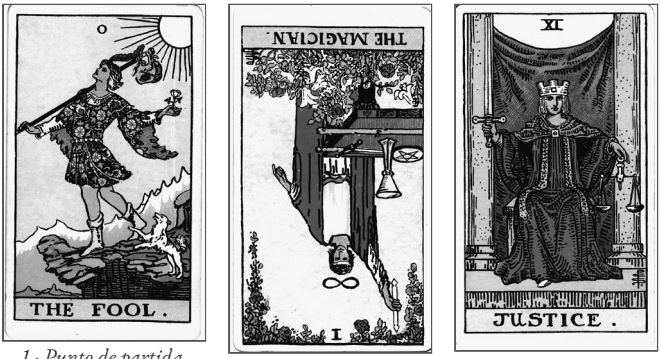
Ejercicio A · Tu convención en dos líneas

Escribe tu convención en dos líneas y añade una razón. Antes de darla por buena, comprueba que cumple tres condiciones: dice si usas invertidas, dice cómo salen (o cómo enderezas), y se puede aplicar mañana sin necesidad de ver ninguna carta. Si una de las tres falla, reescríbela.

Criterio de respuesta: una convención vale si otra persona, leyéndola, podría repartir tus cartas igual que tú. «Voy viendo» no vale. «Giro media baraja y barajo seis veces por solapado» sí. Y si dudas entre dos opciones, escribe las dos, elige una para el próximo mes y apunta la fecha de revisión.

Para el ejercicio B vas a leer un mismo montaje de tres cartas dos veces, la primera con todas las cartas derechas y la segunda con El Mago girado. Mira las tres cartas.

Un montaje de tres cartas, con El Mago girado



1 · Punto de partida *2 · Con qué cuento* *3 · Qué conviene mirar*

El Loco y La Justicia están derechos; El Mago aparece girado 180°, nunca reflejado.

La pregunta del caso, inventada: una persona piensa proponer a su grupo de estudio que cambien el día de reunión y quiere saber qué conviene mirar antes. Las posiciones son tres. La primera es el punto de partida, la segunda lo que tiene a su favor para hacer la propuesta y la tercera lo que conviene mirar antes de hacerla.

En la primera posición está El Loco, un joven en lo alto de un peñasco, con el paso adelantado y la vista alzada, listo para empezar algo sin conocer del todo el terreno. En la tercera, La Justicia, figura sentada de frente entre dos columnas grises, con la corona cuadrada dorada, la capa verde con un broche rojo en el pecho, la espada erguida en la mano que queda a tu izquierda y la balanza en la que queda a tu derecha. Esas dos cartas no cambian de una lectura a la otra. Cambia la segunda.

Primera lectura, con El Mago derecho. Tiene los instrumentos a la vista: sobre la mesa, la copa, el pentáculo y la espada, y en la mano alzada, la vara. La lectura sugiere que la persona cuenta con lo necesario para plantear la propuesta, que lo que le falta no son medios sino decidirse a ponerlos sobre la mesa. Con La Justicia a continuación, la invitación es a que la propuesta sea equilibrada para todos.

Segunda lectura, con El Mago girado. Ahora la imagen no afirma nada: pregunta. Los objetos de la mesa quedan en lo alto, la vara apunta al suelo, y la figura está cabeza abajo. Caben al menos dos lecturas. En la primera, los recursos existen pero no están a mano: la persona tiene argumentos, pero todavía no los ha ordenado para exponerlos. En la segunda, la persona sí los tiene ordenados, pero aún no los ha dicho en voz alta a nadie; la capacidad está, la expresión no. ¿Qué dato decide? Si ha hecho ya alguna lista, borrador o ensayo de lo que va a decir, la primera lectura cae. Si no ha escrito ni comentado nada, la segunda pierde apoyo. Y si el caso no dice nada de eso, lo honesto es dejar las dos lecturas en pie.

Fíjate en lo que ha pasado. Con la carta derecha, la lectura afirma. Con la girada, formula una pregunta y pide un dato. No es mejor ni peor, solo es otra manera de leer, con otras exigencias.

Ejercicio B · El mismo montaje, con y sin giro

Ahora hazlo tú con otra pregunta inventada: alguien quiere cambiar de turno en su actividad semanal y se pregunta qué conviene mirar antes. Lee el montaje del diagrama dos veces. En la primera, con las tres cartas derechas. En la segunda, con El Mago girado. Escribe, para cada lectura, una frase por carta. Luego subraya qué frases cambiaron y apunta qué dato del caso justificaría el cambio.

Criterio de respuesta: la comparación está bien hecha si puedes decir en una línea qué cambia y qué dato lo justifica. Si no cambió ninguna frase, también vale, siempre que lo anotes: a veces una carta girada no añade nada a una pregunta tan pobre en datos. Y si te quedas con dos lecturas de El Mago girado y ningún dato para elegir, escribe «no hay datos para elegir» y pasa a la siguiente carta.

◆ Un caso: una persona que prefiere no invertir

Este caso es ficticio, y lo cuento porque con frecuencia se olvida que la decisión de no usar invertidas es tan razonada como la de usarlas.

Inés tiene cincuenta y ocho años y lleva un tiempo leyendo el Rider-Waite para sí misma y para un pequeño círculo de amigas que se reúne una tarde al mes. Compró este libro porque una de ellas le dijo que «las invertidas son lo que da profundidad». Lo leyó entero, hizo los ejercicios del capítulo y, al llegar al final de este, escribió esto en su cuaderno: «No uso invertidas. Si una carta queda girada al voltearla, la enderezo antes de mirarla. Razón: cuando una carta sale girada, empiezo a buscar lo que va mal, y al rato la lectura entera tiene ese color.»

Una de sus amigas protestó: «Pero entonces te pierdes la mitad». Inés contestó con calma, y su respuesta es la que quiero que te quedes: «No me pierdo la mitad. Leo las mismas 78 imágenes, mirando con más atención cada una». Y lo demostró. Para suplir lo que el giro aporta, a cada carta derecha le hace tres preguntas al leerla: en qué se pasa, en qué se queda corta y qué dato del caso le haría cambiar de idea. Esas preguntas son las que el libro reserva para las invertidas, y ella las plantea sin girar nada.

¿Está en su derecho? Sí, por tres razones. Primera, su convención está escrita y tiene una razón verificable: ella sabe qué le pasa cuando lee con giros. Segunda, la aplica igual cada vez, sin enderezar solo las cartas que le disgustan. Tercera, no deja de leer con rigor: sustituye una herramienta por una manera de preguntar que le funciona mejor.

Un detalle para cerrar. Dos meses después, Inés revisó su convención, como había anotado, y la dejó tal cual. No lo hizo por rigidez. Lo hizo porque, al revisarla, tenía datos: en esas lecturas no había echado de menos el giro. Si algún día lo echa de menos, volverá a decidir antes de barajar, con una razón nueva y por escrito, y no con la carta ya sobre la mesa.

En el capítulo siguiente pasamos de la decisión a la lectura: qué hacer con una carta girada una vez que ha salido, y por qué la posición en la tirada pesa más que el

propio giro.

Capítulo 2

Del giro al contexto

Una carta girada conserva su dibujo entero. Lo que cambia es cómo la miras y qué posición ocupa en la lectura. Este capítulo te da un orden de trabajo: primero la posición, luego la imagen, luego el dato que decide. Y cuando ese dato no existe, te enseña a no elegir.

Al terminar este capítulo podrás

- describir una carta girada diciendo qué queda arriba, qué queda abajo y hacia qué lado apunta cada cosa, sin añadir nada que no se vea.
- explicar por qué la posición de la tirada orienta la lectura más que el giro.
- aplicar cuatro preguntas, siempre en el mismo orden, antes de leer una invertida.
- elegir entre dos lecturas con un dato concreto del caso, o declarar que no hay datos para elegir.

◆ La escena no cambia, cambia su orientación

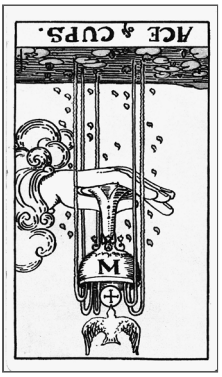
Cuando giras una carta media vuelta no tocas nada de lo que el dibujo contiene. La mano sigue saliendo de la nube, las copas siguen en su sitio y el hombre del bastón sigue de espaldas. Cambia una sola cosa: la relación entre el dibujo y quien lo mira. Lo que estaba arriba pasa abajo, y lo que estaba a la izquierda pasa a la derecha. Parece una obviedad, pero casi todos los errores con las invertidas nacen de olvidarla. Se lee una escena nueva, con pérdida o con desastre, donde solo hay la misma escena en otra orientación.

En el capítulo 1 decidiste si vas a usar invertidas y cómo las vas a sacar. Este capítulo da por hecho que sí. Si tu acuerdo contigo es no usarlas, lo que sigue te sirve igual, porque entrenarás algo que también mejora la lectura de las cartas derechas: describir lo que se ve antes de decir lo que significa.

Recuerda la regla de la introducción. Izquierda y derecha son las que ves tú al mirar la carta, no las del personaje. Cuando una carta se gira, lo que estaba a tu izquierda queda a tu derecha, y el libro lo dirá cada vez que importe.

Vamos a practicar la mirada con tres cartas del palo de Copas. Verás el As girado, el Cuatro derecho como contraste y el Ocho girado. Las tres tratan, de maneras distintas, de algo que se ofrece, se mira o se deja.

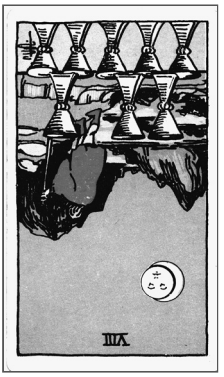
TRES COPAS, TRES MANERAS DE RECIBIR



1 · As de Copas, invertida



2 · Cuatro de Copas, derecha



3 · Ocho de Copas, invertida

El As y el Ocho, girados 180°, con el Cuatro derecho como contraste: la mano que ofrece, la copa que se mira, las copas que se dejan.

El As de Copas, girado

Derecho, el As de Copas es una mano blanca que sale de una nube a la derecha de la carta y sostiene en la palma una copa dorada. Sobre la copa hay una paloma blanca con un disco con una cruz, una hostia, en el pico. De la copa caen cinco chorros de agua a un estanque con nenúfares, de hojas verdes y flores rojas, y se ven gotas sueltas por el aire. El fondo es gris.

Girado, el estanque ocupa la parte alta y el nombre impreso, *ACE of CUPS*, queda arriba y del revés. La nube está ahora a la izquierda y el brazo entra en horizontal hacia el centro. La copa cuelga bajo la mano, con el pie pegado a ella y la boca hacia abajo. Debajo está la paloma, y entre la paloma y la copa, el disco con la cruz. Las cinco líneas de agua siguen trazadas de arriba abajo, pero ahora unen el estanque, arriba, con el borde de la copa, abajo. En el cuerpo de la copa hay una marca dorada que, con la carta girada, se lee como una M. Es un detalle de la ilustración y no hace falta tratarla como la inicial de nada.

Fíjate en lo que pasa con el ojo. Una copa con la boca hacia abajo invita a pensar en vaciado, en algo que se derrama. Es una impresión legítima, y conviene tratarla como lo que es: una impresión. En la imagen no hay agua cayendo al suelo desde una

copa vacía. Hay las mismas líneas de agua de la carta derecha, giradas con todo lo demás. La idea de «se vacía» es una hipótesis, y habrá que sostenerla con un dato del caso. No es un hecho de la carta.

El Cuatro de Copas, derecho y girado

En el Cuatro de Copas derecho, un joven de túnica verde y roja y medias azules está sentado con las piernas cruzadas bajo un árbol. Tiene los brazos cruzados y la mirada baja hacia tres copas alineadas en la hierba, delante de él, en la parte inferior de la carta. De una nube a la izquierda sale una mano que le ofrece una cuarta copa.

Girado, el joven queda cabeza abajo y el tronco del árbol desciende detrás de él hacia el borde inferior. Las tres copas pasan a la parte alta, sobre la franja de hierba. La nube con la mano que ofrece la cuarta copa aparece a la derecha, a media altura. Lo que antes llegaba desde tu izquierda llega ahora desde tu derecha. La figura no «cuelga» de ninguna parte: está sentada, igual que antes, en una carta que has dado la vuelta. Esa diferencia importará mucho cuando lleguemos al Colgado, en el capítulo 6.

El Ocho de Copas, girado

En el Ocho de Copas derecho, un hombre de capa roja y botas rojas, visto de espaldas y con un bastón, se aleja hacia la derecha por un paisaje de montañas y río. Arriba a la izquierda hay una luna con rostro, un disco con una luna creciente. En primer plano hay ocho copas apiladas: cinco en fila abajo y tres encima, con un hueco entre ellas. No hay venda en esta carta. La figura va de espaldas y su rostro no se ve, que es otra cosa. Las vendas pertenecen a otras cartas del mazo, y las verás cuando lleguemos a ellas.

Girado, las cinco copas de la fila quedan arriba y las tres cuelgan debajo. El hombre queda cabeza abajo, en la parte izquierda, y se aleja hacia la izquierda del lector. El paisaje de montañas y río ocupa la zona media, y el cielo azul grisáceo, la mitad baja. La luna, con su rostro del revés, queda abajo a la derecha.

Describir antes de interpretar

Con estas tres cartas has hecho lo que te propongo como hábito: tres frases de pura descripción, sin una sola palabra de significado. Qué queda arriba, qué queda abajo y hacia qué lado apunta lo que se mueve. Del Ocho girado, por ejemplo: «Arriba, las copas ordenadas. Abajo, la luna y mucho cielo. El hombre va hacia la izquierda, cabeza abajo». Eso no interpreta nada, y sirve para que cada lectura posterior pueda

señalarse con el dedo en la imagen. Si alguien te pregunta por qué has dicho que algo «queda atrás» o «queda por llegar», podrás enseñarle dónde lo ves.

Una advertencia sobre las direcciones. Muchas personas leen la derecha de la carta como «hacia delante» y la izquierda como «lo que queda atrás», porque leemos de izquierda a derecha. Es una costumbre de lectura y no una ley de la carta. Si decides usarla, dilo en voz alta antes de repartir, y ten presente que al girar la carta se invierte. Un hombre que se alejaba «hacia delante» se aleja ahora hacia el lado que esa costumbre llamaría «atrás». Eso puede parecer una pista, pero depende por completo de que hayas adoptado la costumbre. La carta no la trae.

> **Error frecuente**
>
> Traducir la imagen girada palabra por palabra: copa boca abajo, «vacío»; figura cabeza abajo, «desorden»; luna abajo, «tristeza». La imagen gira, pero la ilustración sigue siendo la misma, y esas traducciones son atajos que se saltan el caso. Úsalas, si acaso, como una primera hipótesis a comprobar, nunca como respuesta.

◆ La posición de la tirada pesa más que el giro

Una posición es una pregunta pequeña dentro de la pregunta grande. «Lo que ayuda» pregunta por recursos. «Lo que frena» pregunta por obstáculos. «Lo que conviene mirar» pregunta por atención. Cuando una carta cae en una posición, el primer trabajo del giro no es aportar significado, sino modular la respuesta que la posición ya pedía. Por eso el orden de lectura que te propongo es siempre el mismo: primero la posición, luego la carta, y solo al final el giro.

Verás por qué con un ejemplo. Imagina el Ocho de Copas girado, el hombre cabeza abajo que se aleja hacia la izquierda, en dos posiciones distintas de la misma tirada.

En la posición «Lo que dejo atrás», la carta habla de algo que se abandona. El giro puede sugerir que esa marcha es poco ordenada, o que no está del todo decidida, o que se hace sin mirar atrás con demasiada prisa. Fíjate en que todas esas lecturas son variaciones sobre «algo se deja».

En la posición «Lo que me espera», la misma imagen cambia de sentido. Ahora la figura que se va puede leerse como una pregunta sobre qué se dejará en el próximo tramo, o sobre si la persona está dispuesta a dejar algo. No hay nada en la imagen girada que decida entre ambas respuestas, y quien decide es la posición.

Esto tiene una consecuencia práctica. Si cambias la posición, cambia la lectura aunque la carta y el giro sean los mismos. Y si mantienes la posición y solo giras la

carta, la lectura cambia menos de lo que se suele creer. Un buen número de lectores nuevos atribuye al giro un poder que en realidad pertenece al sitio donde cae la carta.

Posiciones que obligan a leer mal

Hay posiciones que trampean el giro desde el principio. Si una posición se llama «lo negativo» o «lo que va mal», cualquier carta que caiga ahí, derecha o girada, se leerá como mala noticia, porque la posición no admite otra cosa. Si la llamas «lo que está en juego» o «lo que pide atención», deja espacio para que la imagen aporte algo.

Por eso, antes de repartir, escribe cada posición como una pregunta neutra que admita varias respuestas. «¿Qué tengo a mano?» es mejor que «Recursos». «¿Qué se interpone?» es mejor que «Lo malo». Esa pequeña disciplina te ahorra media lectura equivocada. No es cuestión de suavizar las cartas, sino de no decidir de antemano lo que van a decir.

Cuando la posición no dice nada

Hay lecturas en las que no hay posiciones, como la carta suelta del día o la pregunta abierta «¿qué conviene que mire hoy?». Allí el giro tiene menos de donde agarrarse. La carta cae en un hueco sin pregunta concreta, y las lecturas posibles se multiplican. No es un fallo, es una propiedad de ese tipo de lectura. En esos casos conviene pedir datos a quien consulta, aunque quien consulta seas tú mismo. Qué ha pasado esta semana, a qué le das vueltas, qué decisión aplazas. Sin un dato de ese tipo, la carta girada tiene mucho que sugerir y casi nada que descartar. Volveremos a esto en la última sección del capítulo.

Pruébalo

Saca el As de Copas y gíralo. Escribe una pregunta sencilla sobre algo que quieras empezar, por ejemplo «Quiero apuntarme a un taller». Lee la carta girada en dos posiciones, una detrás de otra, sin cambiar nada más.

Primera posición: «¿Qué tengo a mano para empezar?». Escribe dos frases.

Segunda posición: «¿Qué se interpone?». Escribe otras dos frases.

Compara las cuatro. Si son casi iguales, probablemente has leído el giro y no la posición. Vuelve a mirar la imagen y pregúntate qué parte de ella responde a cada pregunta. La copa dorada y la paloma pueden ser un recurso, y la copa boca abajo con el agua que no llega puede ser un freno. Ambas cosas están en la misma imagen, y la posición decide cuál se subraya.

◆ Cuatro preguntas antes de leer una invertida

Para no improvisar, te propongo cuatro preguntas que se hacen siempre en el mismo orden. Cuando las respondes por escrito, aunque sea en una línea cada una, la lectura sale más clara y más corta.

1. ¿Qué se preguntó y qué posición ocupa la carta?
2. ¿Qué hace esta carta cuando está derecha?
3. ¿Qué cambia en la imagen al girarla?
4. ¿Qué dato del caso decide entre dos lecturas posibles?

Las voy a aplicar a un ejemplo completo, que usaré también en la tabla. Es un ejemplo inventado.

Carmen quiere retomar el piano tras muchos años. Pregunta: «¿Qué conviene que mire para volver a tocar?». Sale el As de Copas girado en la posición «Lo que me detiene». Además, Carmen cuenta que tiene el piano en casa, cubierto con una funda, y que el mes pasado sacó unas partituras y las estuvo mirando.

Primera pregunta: pregunta y posición

La pregunta de Carmen es abierta, pero la posición no lo es: «Lo que me detiene» pide un freno. Con eso ya sabemos que la lectura va a hablar de algo que se interpone, no de un recurso. Anótalo. Quien se salta este paso suele acabar leyendo una carta sobre «cómo está su ánimo» cuando la posición preguntaba otra cosa.

Segunda pregunta: el ancla derecha

Escribe en una frase lo que hace la carta derecha. Para el As de Copas, con palabras mías y sin recitar nada: una oferta llega a la mano sin que nadie haya hecho nada para merecerla, y rebosa. No hace falta que sea la definición oficial. Basta con que sea la tuya y que la puedas señalar en la imagen: la mano, la copa, los chorros que caen al estanque.

Esta frase importa porque la invertida se lee contra ella. No es lo contrario de ella: se lee en relación con ella. Hay que saber qué haría la carta derecha para ver qué le pasa al girarla.

Tercera pregunta: qué cambia en la imagen

Aquí vuelves a la descripción de la primera sección. En el As girado, la copa cuelga con la boca hacia abajo, el estanque queda arriba, la paloma queda debajo y la nube

está a la izquierda. Lo que antes caía hacia el estanque ahora tiene el estanque encima. Anota solo eso. Todavía no digas «se vacía» ni «no llega».

Cuarta pregunta: el dato que decide

Con lo anterior caben varias lecturas. Escribo tres, con palabras corrientes. En el capítulo 3 las ordenaremos en cuatro hipótesis con nombre, pero aquí no hace falta todavía.

La primera lectura sostiene que algo concreto frena que la oferta se reciba. La segunda, que la ilusión existe pero queda guardada y no sale. La tercera, que la oportunidad llega a destiempo, antes o después de lo que convenía. A estas tres añadimos una cuarta opción que siempre está disponible: no elegir.

La tabla pone cada opción junto a su dato a favor, su dato en contra y su límite, que es hasta dónde se puede llegar aunque la opción sea la mejor.

Opción	Dato a favor	Dato en contra	Límite
Algo concreto frena que la oferta se reciba	Carmen dice que el piano lleva años sin afinar y que le da apuro llamar a alguien	Si no hubiera ningún obstáculo nombrado, no habría nada que la sostuviera	Dice que hay un freno práctico, no que sea la única causa
La ilusión existe, pero queda guardada	Sacó las partituras el mes pasado y las estuvo mirando	Ella misma cuenta que tiene ganas, así que no hay nada oculto que sacar a la luz	Describiría una disposición, no explicaría por qué no se avanza
La oportunidad llega a destiempo	Habría que ver si hay una razón de calendario, de salud de otra persona, de mudanza	Carmen no menciona ninguna circunstancia de ese tipo	Sin datos de tiempo, no se puede afirmar
No elegir	Solo si ningún dato de la conversación inclina la balanza	Hay un dato claro, el del piano sin afinar	Es honesto, pero aquí no hace falta

El dato del piano sin afinar es el que inclina. Fíjate en cómo se usa. No es «la carta dice que el piano está desafinado», porque la carta no dice nada de pianos. Es «Carmen ha nombrado un obstáculo práctico, y la primera lectura es la única que lo recoge». La carta aportó la pregunta, y el caso aportó la respuesta. La conclusión

acotada sería algo así: «Esta lectura sugiere mirar si algo práctico, como la afinación, se interpone. No dice si es la causa real, solo que encaja».

Mira también lo que no hemos hecho. No hemos afirmado que la copa se vacíe, ni que Carmen no tenga ganas, ni que vaya a tocar de nuevo. Cada frase se puede defender con un dato y cada límite está dicho.

◆ Abstenerse

A veces ninguno de los datos del caso inclina la balanza. Supón que Carmen no hubiera mencionado el piano sin afinar ni las partituras, y que solo dijera «no sé, me cuesta empezar». Con eso, las tres lecturas siguen vivas y ninguna queda descartada. Lo honesto entonces es abstenerse: decir que hay varias lecturas posibles y que el caso no basta para elegir.

Abstenerse no es quedarse callado. Tiene una forma concreta y útil: nombrar las lecturas que siguen en pie y señalar qué dato haría falta para elegir. Por ejemplo: «Hay dos lecturas posibles. Una apunta a algo práctico que frena. La otra apunta a una ilusión que no se atreve a salir. Para elegir, ayudaría saber si hay algo concreto, como un horario, un coste o un material, que cada vez que lo piensas te hace aplazarlo». Con eso la persona se lleva una pregunta mejor que la que traía, que es lo que una lectura puede dar.

Abstenerse tampoco es rebarajar. Sacar otra carta porque la primera no ha decidido nada equivale a pedir a las cartas lo que debía aportar el caso. Si la carta girada deja dos lecturas abiertas, otra carta añadirá más lecturas abiertas, no menos. Lo que cierra una duda es un dato, y a veces ese dato solo puede darlo la persona después de la lectura. En el capítulo 14 volveremos a esto, cuando salgan demasiadas invertidas, y en el 16 aprenderás a cerrar con una conclusión que diga lo que no se sabe.

Una regla sencilla para decidir cuándo elegir y cuándo abstenerse: si puedes escribir un dato del caso que descarte una de las lecturas, elige la que queda. Si no puedes, no elijas. No hace falta que el dato sea dramático. Basta con que sea del caso y no de la carta: algo que la persona dijo, un horario, una condición, un hecho que alguien pueda comprobar.

Hay dos abusos opuestos. El primero es elegir siempre, aunque falte el dato, porque abstenerse se siente como fallar. El segundo es abstenerse siempre, porque elegir se siente arriesgado. Los dos esquivan el trabajo. La abstención tiene sentido